

dorsal, y Corchuelos había muerto en el acto, sin tener tiempo más que para exhalar su horrible grito.

El cadáver fué recogido por algunos vecinos caritativos, y el maestro Cordelejo fue llevado á la cárcel juntamente con el pregonero, lo que demuestra que no se le prendia por la muerte de Corchuelos, sino por haber llegado tarde á cumplir su horrible oficio.

CAPITULO XIII.

De la conversacion que tuvo Gabriel de Espinosa con la Mari Galana en una huerta de Valladolid.

I.

Madrigal, que habia asistido entero á la ejecucion del bachiller Corchuelos, se habia aterrado por el miserable y desastroso fin del estudiante.

Y es que la intuicion de la justicia, subordinadas las leyes á las costumbres, está en todos los corazones de los hombres que pertenecen á una civilizacion dada.

Todos comprendian perfectamente que la sentencia se habia extralimitado; que se habia convertido en una sentencia de muerte, la que solo habia sido de azotes, y comprendieron tambien el defecto fundamental de la pena.

Comprendieron que no era precisa, esto es, que no podia tenerse seguridad de la menor ó mayor gravedad de la pena, porque no puede haber justicia en una pena, porque todo consistia en que el verdugo fuese más ó menos fuerte; más ó menos feroz.

Comprendieron, pues, la brutalidad de aquel castigo, y la injusticia inherente á él; porque no puede haber justicia en una pena, cuando no hay una exacta relación entre ella y el delito que castiga.

Si entonces hubiera habido periódicos, ó si Madrigal hubiera sido una gran poblacion como Valladolid, Madrid ó Medina del Campo, se hubiera creado lo que se llama opinion pública, y se hubiera hecho pensar al rey y á todos los hombres de las justicias menores y mayores del reino, que en modificar la pena de azotes, en ponerla en armonía con la moralidad, ó lo que es lo mismo, en sentido más lato con la justicia.

Pero Madrigal era una villa, como suele decirse, de poco más ó menos, y la opinion pública se ahogó en ella por falta de número y de espacio.

II.

Maese Cordelejo y maese Lagarto habian sido presos.

Pero no por la responsabilidad de la muerte de Corchuelos, que solo podia hacerse pesar sobre el verdugo, sino como hemos dicho, porque no habian llegado á cumplir con su oficio á la hora conveniente.

La situacion de estos dos prójimos no era de las más fáciles.

El alcalde Portocarrero era muy hombre de hacerles dar una vuelta de azotes de lo lindo, en compensacion de su falta.

La situacion del verdugo y del pregonero por ante la ley, se habia agravado con la llegada de los dos cua-

drilleros á caballo, que habiendo deshebillado y llevándose consigo las bridas la Galana, habian entrado en el pueblo poco despues de la muerte de Corchuelos, y presentándose al alcalde, al que habian dado parte en queja de lo que les habia sucedido.

Declaraban los cuadrilleros lo que era la verdad, esto es, que al entrar en el ventorrillo habian visto amenazadas de muerte dos mujeres, la una vieja y la otra jóven, y ambas no de muy buena pinta, que al ir á atar á los tres hombres que les habian amenazado, habian sido encerrados por las mujeres, que habian permanecido encerrados hasta que un transeunte les habia abierto, que los tres hombres, prevaliéndose de la ocasion se les habian escapado, que al ir á cobrar sus caballos para perseguirlos no los habian encontrado en la puerta del ventorrillo, donde los dejaron, que se habian visto obligados á ir á buscar los caballos á una dehesa, donde los habian encontrado sin bridas, por cuya razon habian tardado tanto despues de la fuga de los tres hombres en llegar al pueblo y presentarse al alcalde, y por último, que los tres hombres fugados eran el verdugo de Medina del Campo, maese Cordelejo, el pregonero de Madrigal, maese Lagarto, y el sepulturero de la villa, maese Toston.

Preguntados por el alcalde si conocian á las dos princesas que habian dado ocasion á que hubiese mérito de prender á los otros tres personajes, respondieron: que ellos eran vecinos honrados y cuadrilleros de la Santa Hermandad, de la villa de Nava, que habian tenido aviso de que cierto salteador muy dañoso andaba por los

alrededores de Madrigal, y habian venido con encargo de la justicia de su pueblo, á ver si podian prenderle; que eran, por lo tanto, en Madrigal forasteros, que no conocian á nadie, y que por lo mismo no sabian quiénes eran la dama y la dueña andante que se habian encontrado en el ventorrillo, á las inmediaciones ya de Madrigal.

III.

El alcalde envió, bajo partida de registro, presos á su villa de la Nava á los dos cuadrilleros, por haberse dejado burlar, y se fué á la cárcel á tomar declaracion al verdugo, al pregonero y al sepulturero, que habia hecho prender; pero aconteció que estos, habiendo previsto antes de entrar en Madrigal que serian presos y encausados, se habian puesto de acuerdo, y declararon unánimes: que ellos eran antiguos compadres, que aprovechando la ocasion de encontrarse juntos en Madrigal, habianse ido á almorzar aquella mañana al ventorrillo, y habiendo encontrado en el camino á una mujer jóven y á otra mujer vieja, habíanlas convidado y aceptado ellas, pero que no las conocian, ni sabian quiénes fuesen; que lo de puñal en mano de maese Lagarto, habia sido una figuracion de los señores cuadrilleros, y que, si cuando se abrió la puerta del aposento en que todos estaban encerrados, escaparon, no fué por burlar á la justicia, sino porque sabian que hacian falta en Madrigal para la ejecucion de la pena de azotes del bachiller Corchuelos.

Pero el alcalde Portocarrero tenia ya curtida la piel y estaba adobado hacia muchos años con salsa de crueldad, y haciendo poner uno tras otro á los tres menguados en una escalera de las de mano, les hizo apretar los brazos con los cordeles á fin de hacerlos *canarios*, esto es, á fin de que cantasen, ó lo que es lo mismo declarasen la verdad; pero los tres ganapanes eran gente dura, y á pesar de que les dieron siete vueltas de cordel, y les reventaba la sangre por las puntas de los dedos, se mantuvieron negativos, jurando y perjurando que ellos no habian querido matar á las mujeres, que no las conocian ni sabian quiénes fuesen, y que no habian querido burlar á la justicia.

Maltratólos duramente el alcalde sin lograr sacarles una palabra, y cuando dijo que al menos le diesen las señas de las dos mujeres, dijeron los tres, que la jóven era blanca con los ojos azules y rubia como un oro, que la vieja era de color de cordoban, y con las narices tan curvas y tan largas que parecian querer meterse en su boca, y todas las señas, en fin, completamente contrarias, para desorientar al alcalde.

Y no se crea que los tres bribones hacian esto por salvar á la Galana y á Martina, sino por evitar la pena de galeras por el delito de cohecho; porque si hubieran declarado quiénes eran las dos mujeres, hubiera resultado claro, que siendo la Galana amante del azotado, no podia haber almorzado con el verdugo, sino para cohecharle, y hacer que por el cohecho hubiese flojedad en los azotes, y por consecuencia escarnio de la justicia.

Esto les hubiera producido una buena tunda, con la

adición de diez años en el banco de una galera agarrados á un remo, con un grillete á los piés y en continua comunicacion por las espaldas con el revenque de un cómitre.

Desesperóse el alcalde viendo que nada sacaba en claro de aquellos tres bribones, los sentenció á cien azotes por barba y á seis meses de cárcel, y nadie inquietó ni pudo inquietar á la Mari Galana y á la madre Martina, que por el aviso confidencial de algunas almas caritativas que las avisaron de todo, supieron que nada tenían que temer por parte de la justicia.

IV.

—Madre Martina, decia una mañanita la Galana paseando por las huertas del Pisuerga, y hermosota y ataviada de la manera más bizarra del mundo: la pena me ahoga y me estoy muriendo; no se me olvida el pobre de Corchuelos; y ya lo ves, ni como, ni vivo, ni duermo; dicen que estoy más hermosa porque me he puesto más blanca y más pálida; pero yo conozco que esto va á acabar en sepultura, y no quisiera morirme sin vengarme.

—Calla, hija, que no hay mal de amores que no se cure, ni pena por hombre que no se olvide, respondió la tia Martina, máxime cuando el hombre, por estar enterado y criando malvas con el cogote, no se puede ir con otra; á mí me han ahorcado muchos, y la gente que anda á nuestro alrededor, es siempre racimo de horca; y si no lo son no los queremos, y aunque yo he tenido el corazon

tan blando como tú puedes tenerle, y aunque he llorado y me he desesperado mucho por todos, no me he muerto; tú eres niña, y estás en el primer celo; como que Corchuelos fué tu primer cariño, y te se figura que habiéndole matado ya se ha acabado el mundo para tí, y te vas á ir tras él á la otra banda; déjate de esa tontuna, y cree á quien sabe más que tú, que ya saldrá el sol claro, y pimpollos como tú hay pocos, y hombres como Corchuelos abundan en todas partes, y ójala no hubiera tantos, hija, porque son una plaga, que si algo dan á una mujer, son malos tratos y malas razones, y los maravendises por el cielo; que antes bien es menester dárselos á ellos para que no nos maltraten, y mujer que anda con estos tales, no echa nunca luz, ni tiene más de dos camisas, ni escapa de miserias.

—¡Ay, madre! que yo me estaba mirando en los ojos de mi bachiller; y aunque siempre me tenia sin un cuarto, y acardenalada de arriba á bajo, yo le adoraba y era dichosa; porque, eso sí, el pobre estaba enamorado de mí como un loco, y para él no habia más mujer que yo en el mundo.

—¿Pero serás tú necia, Galana, y loca incurable? dijo la vieja; ¿pues por quién han pasado todas estas desdichas, sino porque á tu fidelísimo Corchuelos se le puso sacar raja de la hermosaza y presumida ama de cria que trajo al pueblo el pastelero Gabriel de Espinosa?

—Quite usted, madre, que chicoleos á las mujeres de buen palmito, los dicen todos los hombres jóvenes, y más los estudiantes; y yo me sé que todo ello no hubiera pasado de conversacion, porque, sin vanagloria, y

aunque no la conozco, estoy cierta como que he de morir, que donde yo esté, la tal ama de cria no sirve para otra cosa que para quitarme el polvo de los chapines.

—Cállate tú, que no sabes lo que te dices, vanidosa, que si tú vieras á la tal Clara, te se caería el alma á los piés de envidia, y te pasaría lo que me pasó á mí, que me pareció que aquello no era criatura humana, sino un ángel que se habia caido del cielo. ¿Pues qué más quisiera yo, sino que en vez de ser tú la que vienes paseándote conmigo por estas huertas, fuera la Clara? Que no cambiaria yo mi hacienda ni por la del rey nuestro señor.

—Pues bien, madre, eso me aviva más la sed y la rabia de la venganza. Sin Corchuelos me he quedado por la manceba del pastelero, y juro á Dios que sin pastelero ha de quedarse ella, y que he de meter al tal en tales lances y aprietos, que no salga de ellos para azotes, sino para la horca.

—¡Sabes tú, Galana, dijo la vieja, que tanto me estás hablando del señor Gabriel de Espinosa desde que escapamos de Madrigal, que ya hace bien doce dias, que se me figura que tanto le aborreces, que si hablas con él tres palabras, te vas á olvidar de maese Corchuelos como si el tal no hubiese andado por el mundo ni le hubieses conocido, y te vas á volver loca por el pastelero?

Bajó la Galana los ojos, se la colorearon las mejillas, estuvo algun tiempo callada, y luego dijo:

—Mirad, madre Martina; un dia iba yo por la plaza con el manto atrás, la gargantilla buena de perlas y un ramo de flores en la mano, cuando sin saber cómo, me

tropecé con un hombre; miré, me miró,—lástima de perla,—dijo,—qué buen mozo,—dije yo para mí; y él pasó y yo pasé, y él se volvió para mirarme, y yo me volví para mirarle á él, y no hubo más, y á los cuatro dias, yendo yo con la Liebre por la plaza, le vi pasar á lo lejos, y pregunté á la Liebre, y la Liebre me dijo:—Es el señor Gabriel de Espinosa el pastelero, que hace pocos dias ha venido al pueblo despues de haber estado ausente muchos años; es un buen mozo y parece muy hombre, ¿no es verdad?—Sí, pero me parece muy viejo, la respondí.—No es viejo, me dijo, que segun he oido decir, no llega á los cuarenta años; y bien se le conoce esto en el mirar y en lo derecho y gallardo de la persona; solo que ha sido soldado, y le han curtido la piel y le han puesto blanco los trabajos.

—Cuando yo digo que no sabes lo que quieres, Galana, bien sé yo lo que me digo, dijo la vieja.

—Pues mirad, madre; yo no puedo vivir así, porque me ahogo; y es menester que el señor Gabriel de Espinosa se enamore de mí para que yo vengue á Corchuelos poniéndole en un resbaladero que le lleve á la horca, ó para que Corchuelos se me olvide y deje de darme guerra, si me enamoro, como pensais que será, del pastelero.

—Pues estando él en Madrigal y tú en Valladolid, no sé cómo van á ser esos amores.

—No está en Madrigal, sino aquí, hospedado en la posada Honda, dijo la Galana volviendo á ponerse encendida.

—Calla, hija; ¿y cómo lo sabes tú?

—Porque la Liebre me lo ha enviado á decir con uno

de los estudiantes que se han venido de Madrigal, por la vergüenza que les han dado los azotes de Corchuelos; y el mismo bachiller Burguillos, que es el que me trajo la noticia, me averiguó donde paraba el señor Gabriel. El salió de Madrigal el mismo día que nosotras por la tarde, y hasta ahora, desde que llegó, ha mudado más de posada que de camisa; primero estuvo en el meson del Perro; de allí se fué á la posada de la calle sin salida; luego á la del Escribano, y anoche durmió en la posada Honda.

—Pues muchacha, ya haces tú más de lo que yo creía; ni un alcalde anda con más pesquisas que tú.

—Por la cuenta que me tiene; yo soy de las que callan y apañan; y oid, madre: yo estoy que muero porque el señor Gabriel de Espinosa se enamora de mí.

—Pues allá tú; qué quieres que yo te diga: ponte á su tope, y á la ventura de Dios.

—Madre, vos sabéis hacer bebedizos y filtros, y ya sabemos que cuando quereis que un hombre se enamore, basta con que vos le echeis dos saluciones, porque no es menester la tercera.

—Mira, hija, yo te quiero bien, que al fin te he conocido rapaza, y en mis manos te has criado, y lo que vales, aparte, de la hermosura que Dios te dió, me lo debes; no quiero engañarte; porque eso de los bebedizos, y los filtros, y los untos, y el levantar figura, son embolismos para engañar á tontos y sacarles el dinero, y lo que una mujer no consiga con su palmito y su arte y su ingenio no lo alcanzará con todas las brujerías y todas las saluciones de todas las viejas del mundo.

—¡Ay, madre! dijo la Galana soltando un suspiro de todo lo hondo de su alma, y deteniéndose.

—¿Te se ha torcido un pié, ó te ha entrado la basca, hija? exclamó la vieja.

—¡Ay, madre! no: es que viene por entre aquellos árboles.

—¿Quién?

—Quién ha de ser, sino el señor Gabriel de Espinosa.

—Pues algo lejos debe de estar; porque yo con mi cordedad de vista no le veo.

—Vamos andando, madre, vamos andando, y á disimular.

Y la muchacha echó á andar, adelantándose algo á la vieja.

V.

Gabriel de Espinosa venia, en efecto, por el mismo sendero por donde iba la Galana, y debian necesariamente encontrarse.

La moza se preparó al encuentro, hizo lánguida su marcha, inclinó el semblante haciendo blanquear graciosamente su cabeza, y con el manto echado atrás y recogido en el brazo, se fué como distraida al encuentro de Gabriel de Espinosa, que venia verdaderamente preocupado, y un momento despues, la Galana se tropezó con él.

—¡Ay señor, dijo, y que ensimismados veníamos los dos, que no nos hemos visto hasta que nos hemos sentido!

Gabriel de Espinosa miró profundamente á la muchacha, y la dijo:

—Perdonad, niña, si os he causado disgusto ó daño, porque yo iba acá tan metido en mis pensamientos, que lo mismo que he tropezado con vos hubiera tropezado con un poste.

—Ni disgusto ni daño, dijo la Galana, me habeis causado, sino mucho placer con vuestra cortesía.

—De honrados es ser corteses con las mujeres, dijo Gabriel de Espinosa.

—Y de mujer de buen alma es el agradecer que la traten mejor de lo que merece.

—Vos mereceis bien que se os trate con cortesía, por lo linda y por lo discreta, y quedad adios, niña, y mandad si os ocurre algo.

—Ved ahí que lo echais á perder, dijo la Mari Galana, porque estais deseando perderme de vista, y eso no es cortesía, sino desden.

—No lo tomeis á mal, porque yo no os conozco.

—Si que me conoceis.

—¿Dónde os he visto?

—Aún no ha quince dias, en la plaza de Madrigal.

—¿De Madrigal sois?

—No señor, que nací en Salamanca, y dando vueltas por el mundo, fui á parar á Madrigal.

A todo esto, y sin saber cómo, entrambos, ella á la derecha y él á la izquierda, habian echado á andar lentamente.

Ya sabemos que Gabriel de Espinosa tenia un gran defecto: el ser enamorado y dado al culto de la hermo-

sura, fuese quien fuese la mujer hermosa con quien se encontraba.

La Mari Galana, que creia aborrecerle, estaba, como hemos indicado, vivamente impresionada por él, y emanaba de ella ese perfume embriagador que se exhala de toda mujer bella cuando está al lado del hombre que la interesa.

Gabriel de Espinosa aspiraba este perfume, y empezaba á embriagarse.

Mari Galana lo notaba, y por maestría y por deseo, empezaba á poner en juego todos sus medios de seducción.

La vieja se habia quedado discretamente á retaguardia.

VI.

—¿Os acordais ya de haberme encontrado, señor mio? dijo la Galana con un acento seductoramente dulce é insinuante.

—Si por cierto; y os he reconocido desde el punto en que al tropezar con vos os ví: me he acordado de vos muchas veces, y he sentido no volver á veros, porque cuando os ví la primera vez, me parecísteis muy bien.

—¿De veras? ¿Por vuestra salud, galan?

—Y por la vuestra.

—¿Y qué os importa á vos mi salud?

—Mucho, porque no me habeis hecho ningun daño.

—Pues lo siento.

—¿Qué lo sentis?